https://www.tfp.org/do-virtue-and-culture-

clash/?PKG=TFP210615&utm_source=ActiveCampaign&utm_medium=email&utm_content=Can+a+Devout+Christian+Enjoy+a+Chocolate+%C3%89clair%3F&utm_campaign=TFP210615+-

+Can+a+Devout+Christian+Enjoy+a+Chocolate+%C3%89clair%3F&vgo_ee=r6ONuvCnkqPJpx9ZrVMtCg%3D%3D

¿CHOCAN LA VIRTUD Y LA CULTURA?

9 de junio de 2021 | Juan Horvat II



¿Chocan la virtud y la cultura? ¿Puede un cristiano devoto disfrutar de un éclair de chocolate? Crédito de la foto: © Africa Studio - stock.adobe.com

¿Puede un cristiano devoto disfrutar de un éclair de chocolate?

La cultura moderna presenta explosiones de placeres y placeres como meta suprema para todos aquellos que

quieran disfrutar de la vida al máximo. La gente insiste en las mejores comidas, bebidas, alojamiento y entretenimiento. Esta búsqueda de la felicidad se convierte en el significado y propósito de innumerables vidas.

Con tales metas aceptadas como la norma, la práctica rigurosa de la virtud a menudo se presenta como austera y poco atractiva. Las personas virtuosas no parecen disfrutar de la vida y reprimir los deseos que hacen feliz a la mayoría de las personas.

La falsa noción de que la cultura parece ser desarrollada por quienes disfrutan de la vida al máximo se suma a la percepción errónea. Las personas virtuosas aparecen como individuos sin pulir que se abstienen de cosas hermosas y placenteras como manifestaciones de un mundo corrupto y pecaminoso.

Y entonces, la gente podría preguntarse: ¿Puede un católico devoto disfrutar de un éclair de chocolate en una pastelería fina? ¿Pueden los cristianos poseer espléndidas obras de arte? Moralmente, ¿pueden poseer y disfrutar de una casa hermosa e incluso señorial? ¿Son la virtud y la cultura contrarios irreconciliables? ¿Debe la auténtica virtud estar siempre representada por materiales y colores monótonos?

Surge así la gran paradoja de virtud *versus* cultura. Al encontrarse en los cuernos de este falso dilema, muchos abandonan la vida cristiana y se sumergen en las delicias de la cultura. Otros yerran al evitar toda cultura, creyendo erróneamente que necesariamente conducirá al pecado y al vicio.

Ambas posiciones distorsionan la realidad y deben ser denunciadas.

La templanza resuelve el dilema

La templanza es la virtud clave que resuelve este dilema. Por definición, es la virtud por la cual el hombre gobierna y modera sus apetitos y pasiones naturales de acuerdo con las normas prescritas por la razón y la Iglesia.

La templanza está relacionada con todo lo que involucra los sentidos y las pasiones. Su práctica impone necesariamente restricciones que provocan molestias e inconvenientes. Además, la sensibilidad es la más volátil de las facultades humanas y se rebela fácilmente contra la acción moderadora del intelecto.

Así, la rebeldía de las sensibilidades da lugar al dilema del choque cultural. La solución debe ser la práctica adecuada de la templanza, que pone todo en equilibrio y engendra una comprensión vigilante de la intemperancia y sus manifestaciones.

El atractivo de la intemperancia

Lo que hace atractiva la intemperancia es su gratificación instantánea. Cuando la psique humana se encuentra con un objeto de belleza o deseo, las sensibilidades se despiertan y dan lugar a un primer movimiento de exuberancia y espontaneidad que deleita a la persona. Los sentidos gratificados claman por más. Cuando la inteligencia o la voluntad entran posteriormente, introducen reflejos que pueden frenar este primer movimiento y mantenerlo dentro de límites razonables. Si una persona rechaza estos límites, el empuje exuberante de las sensaciones puede conducir rápidamente a la autocomplacencia y al vicio.

Así, muchos buscan evitar esta lucha cediendo a una vida regida por deseos y actos espontáneos que dan la apariencia de libertad y deleite. Tantos placeres modernos se basan en este modelo intemperante. La sociedad hipersexualizada de hoy y la búsqueda individualista de placeres cada vez más intensos y sofisticados provienen de esta falsa noción de libertad.

Además, la gente comete el error de asociar este sistema superficial de intensa gratificación con la cultura. También confunden la templanza con una caricatura seria y anticuada de lo que debería ser una persona.



La templanza está relacionada con todo lo que involucra los sentidos y las pasiones. La práctica adecuada de la templanza pone todo en equilibrio y engendra una comprensión vigilante de la intemperancia y sus manifestaciones. Crédito de la foto: © chettarin - stock.adobe.com

Una verdadera noción de templanza

Una verdadera noción de templanza conduce a gobernar y regular las pasiones y deseos de acuerdo con normas razonadas. No exige la extinción o la supresión de las pasiones, sino su gobierno. Se adapta a todos los deseos razonables y castos que se encuentran en la cultura. La templanza debe trabajar junto con la sensibilidad para que la gente pueda apreciar y disfrutar mejor los placeres y la belleza que brinda la cultura.

Así, si una hermosa pieza musical, por ejemplo, merece un gran aplauso, la persona templada la da libre y generosamente. Un plato refinado se puede saborear y apreciar, especialmente cuando facilita una buena conversación y convivencia. La templanza puede incitar a una persona a una gran energía y entusiasmo cuando la razón dicta tales medidas. No es necesario reprimirlo; también puede estimular a una persona a una acción intensa.

De hecho, no reaccionar con energía o vigor también puede ser una expresión de intemperancia. La clave no es la *intensidad* de una acción, sino su *proporcionalidad* con la razón y la fe.

Un tipo diferente de vitalidad

Sin embargo, a esta acción regida por la razón le faltará algo de la superficialidad y exuberancia del primer movimiento de la sensibilidad. Causará placer y deleite menos inmediatos. El acto templado seguirá provocando satisfacción, pero será más reflexivo y profundo.

La templanza construye personalidades fuertes porque permite a los individuos capitalizar sus cualidades que se ponen al servicio de la reflexión y la voluntad. Así, la templanza amplía los horizontes. Aumenta la capacidad de soportar el sufrimiento. Hace posible una planificación extraordinaria. Todas estas cualidades brillan con un esplendor diferente al de los movimientos de la sensibilidad de exuberante espontaneidad. Lejos de sofocar la vitalidad, la templanza la profundiza y la hace más expresiva.

Por tanto, la templanza facilita el disfrute de la cultura auténtica. A través de la reflexión, la templanza profundiza la comprensión de la belleza y la verdad de una cultura, lo que permite que las personas la desarrollen aún más. La templanza permite a las personas dar el valor debido a aquellas cosas de la cultura que elevan sus mentes a Dios.

Al saborear la realidad, la templanza permite que quienes practican la virtud disfruten de la cultura, ya sea un éclair de chocolate o una obra maestra musical. Tales almas son capaces de hazañas, grandes y pequeñas.

Destruyendo la ilusión de la intemperancia

La ilusión de que la virtud y la cultura chocan se encuentra en el lado deslumbrante de la intemperancia. Mientras persista la imagen abrumadora de la espontaneidad exuberante, los observadores superficiales siempre creerán en la superioridad de la intemperancia.

De hecho, los individuos intemperantes experimentan momentos de exuberante espontaneidad que resultan en inmensos y estimulantes placeres. Estas delicias incluyen la cocina, la conversación, las aventuras, los viajes y todo lo que constituye la cultura.

Este placer se ve incrementado por la frenética intemperancia que caracteriza a la actual anticultura donde la gente quiere todo al instante, sin esfuerzo y sin consecuencias. La naturaleza frenética de estos placeres solo exacerba la sed de ellos. La búsqueda de la *cantidad* destruye el amor meditado por la *calidad* en la cultura, que le da sentido.

El farol de la intemperancia

Los fuegos de estos placeres pueden parecer continuos y placenteros. Sin embargo, todos saben que no son constantes. En este sentido, la intemperancia es un farol que lo promete todo mientras fluctúa entre altibajos.

Así, la modernidad enseña el enorme error de que las personas intemperantes sólo tienen delicias. Los medios, las películas y la publicidad retratan a las personas que viven de esta manera. Sin embargo, todo el que vive este estilo de vida sabe que estos placeres se desvanecen. Cuando esto sucede, se ven obligados a reflexionar sobre el sentido de la vida. Entonces ven el vacío de estos placeres fugaces e intemperantes. Se dan cuenta de que una vida hedonista dedicada al placer no tiene propósito ni contexto.

Los individuos intemperantes fingen no tener problemas, pero tienen episodios de depresión, irritación, dolores de cabeza, melancolía y tristeza. El interior de almas tan intemperantes es profundamente poco atractivo. Los episodios de tristeza y alegría se distribuyen de forma desigual y errónea.

El camino de la templanza proporciona los elementos para soportar el sufrimiento y adquirir el equilibrio. Sus formas ponderadas resuelven las preguntas sobre el significado de la vida que acechan a la humanidad posmoderna. Fomenta una cultura que refleja tanto la tristeza como la alegría que forman parte de la vida.

De hecho, está apareciendo evidencia de una cultura de Facebook superficial que revela el vacío de estos placeres. Tantos individuos inmoderados están inmersos en una anticultura hipervinculada, llena de soledad y desesperación bajo el barniz de la felicidad artificial.

La cultura real presupone templanza

La verdadera cultura presupone la práctica de la templanza. La cultura debe tener algo de la frescura del primer movimiento de la sensibilidad y la solidez de la inteligencia ponderada. Siempre hay que vigilar y protegerse contra la sensibilidad que no se coordina con la razón. Dentro de esa <u>vigilancia</u>, la gente puede saborear cosas y experimentar el placer de ser virtuoso. El objeto de la cultura debe ser facilitar este placer y así beneficiar a toda la sociedad.

Hay vocaciones dentro de la templanza en las que las personas, especialmente las religiosas, renunciarán a muchos placeres legítimos y castos que Dios pone en su camino. Sin embargo, ese no es el camino para la mayoría de las personas. La sociedad civil no puede seguir el modelo de un monasterio, que merece toda la admiración y el respeto.

La vida de virtud cristiana debe tener aquellos elementos culturales, llenos de vitalidad y equilibrio, que ayuden a la persona a afrontar las alegrías y tristezas de la vida. Debe estar lleno de arte y excelencia, desafiando a las personas a desarrollar su personalidad.



La verdadera cultura presupone la práctica de la templanza. La cultura debe tener algo de la frescura del primer movimiento de la sensibilidad y la solidez de la inteligencia ponderada. *Crédito de la foto:* © *Olga - stock.adobe.com*

El mensaje de la templanza

La templanza envía el mensaje de que la vida de una persona no tiene por qué ser un infierno. La cultura puede ayudar a que las cosas sean habitables, dignas y agradables. Esas vidas

tienen sus cruces y sacrificios, pero en conjunto, serán más felices que aquellos que son intemperantes.

En resumen, no hay nada de malo en que las personas templadas disfruten de los frutos de la cultura siempre que estos placeres castos estén bajo la atenta mirada de la razón y la fe. El objeto de este disfrute debe ser el placer de ser virtuoso. Los cristianos saben que la vida no puede ser todo placer, pero la cultura puede ayudar a mitigar los sufrimientos inherentes a este valle de lágrimas. La cultura debería ser un medio por el cual las personas lleguen a conocer a Dios y Su Providencia.

No hay choque entre la virtud y la cultura auténtica. El verdadero cristiano atesora la belleza en cualquier forma. Los católicos devotos hacen bien en disfrutar de los éclairs de chocolate.